

de 1780, desde el 7 de Abril hasta el 26 de Setiembre. En esta segunda visita á sus sobrinos, los duques de Villahermosa, llegó á su colmo la satisfaccion del P. Pignatelli, al considerar cuán copiosa cosecha había producido en corto espacio de tiempo la semilla que el año anterior había sembrado, y cómo se había cumplido la segunda parte de su profecía. En efecto: halló al duque completamente trocado en otro hombre, creyente, devoto y dado á ejercicios de piedad, después de haber hecho confesion general con el P. Felipe Grana, religioso barnabita, teólogo del duque de Parma, predicador elocuente, como lo manifestaron sus sermones en la capilla real de Turin durante la cuaresma, que acababa de terminar, á los cuales asistió el duque¹.

Por lo que toca á la piadosa duquesa no podía desear más la acendrada caridad y celo del P. Pignatelli. Contrajo la buena señora íntima familiaridad con la princesa María Clotilde de Francia, hermana de Luis XVI, casada en 1775 con Carlos Manuel, príncipe heredero, á la cual había conocido la duquesa en la corte de Versalles. Retenía á su lado la princesa horas enteras, y mantenía con ella largas y provechosas pláticas espirituales, de que salían ambas llenas de fervor y mutuo aprecio. Hizola entrar en varias asociaciones de señoras, fundadas en Turin por la princesa misma para alivio de pobres y enfermos, y muy especialmente le recomendó la cofradía de «Las humildas,» que tenía por objeto fomentar entre las señoras de más tono la modestia y decoro en los trajes.

Supo además el buen Padre el retiro y recogimiento que durante toda la cuaresma había guardado su sobrina: pues durante

¹ En el Diario del duque se lee el 12 de Marzo: «Empezóse la mejor obra: quiera Dios que la acabe en su santo temor y gracia.» Y más adelante, el día 20 del mismo mes, escribía: «Concluyóse la mejor obra con el P. Grana, Barnabita.» Desde esta fecha hasta quince días ántes de la muerte del duque (18 de Setiembre de 1790), que es cuando termina su diario, hállase consignado en este, primero cada quince días, y últimamente cada ocho, esta lacónica frase, que garantiza lo sincero de su conversion y lo fiel de su perseverancia: «Comulgé en la iglesia.»

aquel santo tiempo se encerró en su casa, sin salir más que á la iglesia; y como algunas damas de sus más íntimas persistieran en venir á acompañarla por las noches, hizo la duquesa con muy buena gracia que durante estas veladas se leyesen en su estrado los sermones de Massillon, que el Padre le había recomendado. Aunque este fervor de la duquesa henchía de gozo el corazón de su santo tío; afligióse este no obstante, al observar en la buena señora síntomas nada equívocos de escrúpulos, á que tenía la duquesa muy marcada propension.

Deseaba ella retirarse á principios de Mayo á la quinta Meana para recibir del Siervo de Dios los ejercicios, segun la promesa del año anterior; pero se lo estorbó una visita inesperada del marqués de Santa Cruz, cuya permanencia en Turin duró desde el 3 hasta el 22 de Mayo. Al día siguiente se retiró á la quinta con el P. Pignatelli, para principiar los santos ejercicios: hízolos con gran fervor y recogimiento, y recibió tal copia de ilustraciones celestiales, que parece haber entonces echado los cimientos y afianzado para toda su vida aquel continuo vencerse á sí misma por amor de Dios y aquella conformidad absoluta de su querer con el divino, en que tanto se distinguió.

Entre otras visitas que vinieron á perturbar el acostumbrado recogimiento de la duquesa, una fue la de cierta persona, que hubo de serle en extremo repugnante. Tal era la famosa princesa Dashkoff, Catalina Romanowna¹. Pretendíase en aquella sazón el valimiento de la princesa con la emperatriz Catalina, para que retirase esta su proteccion á los jesuítas existentes en su imperio. De aquí el que procurasen los ministros de Madrid que el embajador de España la agasajase y atendiese en Turin, como lo había hecho en París el conde de Aranda. Acudió la duquesa á hacer los honores de la embajada á aquella antipática mujer,

¹ Esta fue la que tuvo gran parte en la conjura militar y palaciega, que derribó del trono de Rusia á Pedro III para colocar en él á Catalina II. El día del alzamiento vióse á caballo, vestida de hombre, y capitaneando un cuerpo de ejército.

aunque no sin haber ántes hecho decir aquella misma mañana siete misas en honra de los Dolores de la Santísima Virgen, á fin de alcanzar la conversion de aquella miserable, que le causaba compasion y cierta especie de miedo¹.

Seis meses habían transcurrido desde la llegada del P. Pignatelli á Turin, cuando el cielo concedió por segunda vez á la duquesa la dicha de ser madre, dándole una hija, que nació el 10 de Setiembre. Bautizósela con el nombre de María, y fuele preciso al P. José aceptar la honra de ser padrino de la recién nacida. El poderse hallar al lado de la duquesa en este peligroso trance, fue indudablemente la causa de prolongar tanto tiempo su estancia en Turin; pues vemos que á los pocos días de haber cumplido con este deber de piedad, es á saber, en 22 del mismo mes de Setiembre, emprendió su viaje de regreso á Bolonia.

Completo hubiera sido su gozo, si el volver á esta ciudad hubiese sido para despedirse de sus compañeros y volar á sus queridos hermanos de Rusia; pero tuvo que ofrecer á Dios un sacrificio quizás el más costoso de su vida. Respondiósele de Rusia suplicándole se hiciese cargo de la calamitosa condicion de los tiempos, en que el amor mismo de la Compañía y el deseo de conservarla imponían á los Superiores el deber de adoptar ciertas precauciones, que para este fin consideraban de todo punto necesarias.

Una de las medidas que creyeron deber adoptar, fue no dar ocasion á la corte de España para suscitar nuevas dificultades contra el noviciado de Rusia, lo cual era suscitarlas contra la existencia de la Compañía. Esta precaucion, para ella tan indispensable, no la exigía menos la difícil situacion en que se hallaba Su Santidad; pues acababa de ver no sin gran sentimiento la destruccion de la Compañía en Prusia, alcanzada por la corte de Madrid y consentida por la de Berlin, en desquite de la restau-

¹ Al saber el duque lo de las siete misas de su esposa, le dijo: «Si lo sé yo á tiempo, hago decir otras siete para echar los siete demonios de los siete pecados capitales, que la tal princesa debe tener dentro.»

racon del noviciado de Rusia. En vista de todo lo cual, se había resuelto no admitir á ninguno de los antiguos jesuitas, que fueron súbditos de Carlos III, mientras no cambiase el estado actual de cosas, y no remitiese el gobierno español su odio contra la Compañía. Con él sin embargo se hacía una excepcion; y era, que podía trasladarse á aquellas regiones y permanecer allí con residencia fija por algun tiempo, durante el cual no les parecía cosa muy difícil que pudiese obtener lo que tanto ansiaba, como era ser contado en el número de los hijos de la Compañía¹.

El acuerdo de los Padres Rusos, de no admitir á ningun jesuita español, parecióle muy acertado, pues exigía la prudencia que se antepusiese el bien universal de la Compañía actual y futura al particular de algunos individuos. La conmocion que había producido en la corte de Madrid la apertura del noviciado, hubiera hecho que se aprovechara cualquier ocasion, que se ofreciese, de crear nuevas dificultades á la existencia de los jesuitas en Rusia; y esta ocasion se la podía ofrecer la ida de cualquier súbdito del Rey Católico á vestir la sotana de la Compañía en aquellos países.

Militaban por Pignatelli razones especiales para creer que su fuga de Italia y entrada en la Compañía indujese al gobierno español á levantar una fiera persecucion contra los jesuitas: estaban con los ojos fijos en él los comisarios regios; no podía el P. José ausentarse de Bolonia sin contravenir á las órdenes de la corte; y este desprecio de la autoridad del rey, unido á los muchos desaires que este había recibido del P. José, cuales eran las numerosas negativas dadas á las proposiciones de que abandonase la Compañía, hechas en Zaragoza, Tarragona, Bastia, San Bonifacio, Génova y Ferrara, no podía menos de excitar la cólera de Carlos III, hecho juguete de sus ministros.

¹ Así lo escribe el P. AGUSTIN MONZON en la *Vida* del Siervo de Dios. (Lib. 1, Cap. 12.) Confieso que se me hace difícil de creer una tal excepcion hecha á favor de Pignatelli: antes me parece que aun en el caso de ser admitidos en Rusia otros súbditos de Carlos III, al P. Pignatelli

Consideradas y ponderadas todas estas razones, determinó delante de Dios hacer el costoso sacrificio de posponer su propio bien particular al de la universal Compañía, permaneciendo en Bolonia, con la esperanza de que el Señor, por cuyo amor se privaba de un bien tan suspirado, no dejaría de recompensárselo; y dispondría más tarde las cosas de tal manera, que sin ofensa de nadie y sin peligro de la Compañía, pudiese él dar cumplimiento al más vehemente de sus deseos.

Desde aquel instante gozó el P. José de la mayor reputación y estima con aquellos Padres: y no solamente en lo sucesivo se lo demostraron, sino que desde luego le dieron pruebas de ello participándole que quedaba admitido á la Compañía¹, y que podría agregarse á ella luego que desapareciesen los obstáculos que en la actualidad se lo estorbaban. Mucho debió de alegrarse el P. Pignatelli al verse honrado con tal promesa por los Superiores de Rusia: sintió acrecersele en su pecho aquella ternísima devoción con aquel instituto, que desde niño había amado con toda su alma: y no suspiraba por otra cosa que por verla acrecentada en el número de sus hijos, y propagada por el mundo para provecho de los fieles y edificación de la santa Iglesia.

convenía exceptuarle y no admitirle, por el mayor peligro que su admisión, siendo el que era, podía ofrecer.

¹ P. BOERO, *Vida*, Lib. III, §. V.

CAPÍTULO VI

Sentencia dada en Lisboa á favor de la inocencia de caballeros y jesuitas. — Blandura con el reo é indiferencia con los inocentes. — Esfuerzos de los adversarios para impedir se publique el decreto declaratorio de la inocencia de los jesuitas. — Corta ausencia del P. Pignatelli á Turin. — El príncipe imperial de Rusia en Bolonia. — Pío VI de paso por la misma ciudad. — Protesta del P. Asistente de España á favor de la inocencia de la Compañía. — Primera Congregación General en Polotsk. — El P. José deja la tutoría de su hermano Nicolás. — El ruso Benislawski en Ferrara y Bolonia. — Agregaciones á la Compañía de Rusia. — Un jesuita español calumniado y preso en Bolonia. — Logra el P. Pignatelli se le ponga en libertad. — Declárase su inocencia. — Nuevas esperanzas de acabar con el noviciado ruso. — Salen frustradas. — Visitas de los PP. Pignatelli á ilustres personajes que pasan por Bolonia. — Salen para Rusia dos hermanos Angiolini y el P. Luis Panizzoni.

1781 — 1784

Á tanta dicha del Siervo de Dios se añadió otra, que hubiera sido un total complemento de la primera, si la realidad hubiese correspondido á sus esperanzas. En vista de la actitud tan resuelta que había tomado la reina de Portugal en la causa de Carvalho, esperaba el P. Pignatelli, y con él todos los jesuitas portugueses y españoles, que á no tardar se publicaría un decreto, en que se declarase la inocencia de los caballeros y de los jesuitas, y que á los portugueses se les alzaría el destierro y se los llamaría á Portugal; y todo esto sería el principio del desen-